

CLUB DEL MISTERIO

LAWRENCE TREAT



**TENSION EN
EL JUZGADO**

21

Esta vez el crimen ronda por los ateliers de los pintores de moda. Por ese mundo maravilloso, y de oropel, poblado por artistas, por los marchands que venden sus creaciones, los críticos que las comentan... y las mujeres ricas y hermosas que las compran.

Es un mundo extraño. En él convive el arte junto al comercio; la creación junto a la posesión; la adulación junto a la crítica.

Y en ese mundo de seres exaltados y pasiones violentas, alguien había matado. ¿Por celos? ¿Por intereses? ¿Por resentimiento...? O quizá sólo por conocer alguna nueva sensación, una novedosa experiencia...

ORDEN DE APARICIÓN

de los personajes

IRENE VENICE, viuda de un pintor y, lógicamente, entendida en arte.

JANICE DAVVO, divorciada reincidente. Esposa de pintor.

KIPP, el hermanito de Janice.

MORTIMER WALER, coleccionista, amigo del arte y los artistas.

PEDRO DAVVO, pintor, esposo de Janice.

VICKY NEWBACKER, *marchand* y hombre astuto.

JOHN PASTORINI, su ayudante.

FRANCIS MALONEY, fiscal del distrito.

JAMES P. CULLEN, un simpático agente de policía.

MARVIN LEWIS, el detective galante.

JOHN SANDWICH, un experto en pintura.

1

Estaba sentada reposadamente, encerrada en sí misma y permanecía callada. La débil luz, desde el tablero, rozaba la blancura de su piel, dibujaba el perfil de su rostro suave y sereno. Sus labios estaban plegados y las puntas de sus largos dedos tocaban el pequeño adorno que llevaba en la solapa, un círculo que rodeaba la recortada figura de un pájaro.

Deseó no llegar nunca allí y poder continuar en el coche así, eternamente. No estaban sentados demasiado juntos, no los unía ningún lazo, ni los oprimía ningún amor. Las llantas zumbaban, el motor murmuraba sin interrupción y el aire era abierto por el susurro infinito que producía el movimiento. El brillo de los faros iluminaba los arbustos, los árboles y las paredes de piedra, dejándolos después sumidos en la oscuridad, como a viejos recuerdos. Agitados y observados brevemente y enterrados luego en el olvido, como los recuerdos de Adam Kalish.

Desde el momento en que había aprendido a caminar, Irene Venice siempre había huido del hogar y cruzado el atajo hacia el estudio de Adam Kalish. Él acostumbraba a alzarla en sus brazos, y muchas noches se quedó dormida, y al despertar se encontraba envuelta en algunas mantas; Adam, sentado cerca de ella, contemplándola apaciblemente, y listo para llevarla al hogar.

Fue Adam el primero que la llamó Wren y quien, cuando ella contaba siete años, le dijo que se casarían algún día y serían felices.

«Pero quiero vivir feliz ahora», era la respuesta habitual.

Adam sonreía y contestaba en tono lejano; «Nadie vive feliz ahora; es sólo una ilusión, creada para ayudar a las niñas pequeñas a crecer».

Pero ella sabía más, porque era completamente feliz: este fue su primer secreto para con él.

El secreto, sin embargo, no fue duradero. Cuando otra niña pequeña llamada Janice llegó al estudio, Wren comprendió que la felicidad había terminado. Tendría que compartir a Adam y no quería; tan pronto abandonaron el estudio saltó sobre Janice y trató de arrancarle los cabellos. Janice asió los suyos y los arrancó también y ambas tiraron con fuerza y chillaron furiosamente hasta que Adam corrió a separarlas.

Las calmó, pidiéndoles que fueran amigas; Wren miró hacia arriba y asintió obedientemente. A partir de ese momento siempre fueron amigas.

Esto había ocurrido veinte años antes, y Janice Davvo e Irene Venice estaban aún unidas por el deseo de Adam, aunque separadas por su rivalidad, que se mantenía latente probablemente por la compra del viejo estudio de Adam, unos años después de su muerte, por parte de Janice.

Era extraño, sin embargo, que Wren jamás hubiera visitado a Janice allí; aunque ésta la había invitado innumerables veces, Wren siempre había encontrado pretexto para no ir.

La mayoría de las veces era porque Kip, el hermano de Janice, iba a estar allí también, y Wren decía: «Pierdes tu tiempo, Jan, Kip no es para mí y no hay razón para alentarlos. Me gusta, pero eso es todo».

Pero en su fuero íntimo Wren sabía que estaba asustada y no quería ver el estudio. Janice debía haber notado la verdadera razón, y habían llegado a un acuerdo tácito de no insistir al respecto. Se había convertido en una broma permanente entre ellas.

Ayer, Janice había roto el pacto. «Estoy llamando a larga distancia, –había dicho ella por teléfono–. Wren, tenemos una magnífica semana libre y debes venir; francamente, debes hacerlo».

«Me gustaría, –contestó Wren–, pero no estoy segura de que podré».

«Wren, te necesito; tú quieres venir, ¿verdad?»

«Desde luego que sí; no he visto ese lugar durante años».

Janice había tratado de tranquilizarla. «Está igual que siempre, Wren; no aceptaré excusas, y lo digo seriamente. Voy a llamar a Mortimer Wales, y él te traerá para la cena».

En el camino, Wren se preguntó vagamente por qué Janice había insistido tanto y con tanta urgencia. Ahora, casi al final del viaje, la pregunta la torturaba más y más. ¿Por qué Janice necesitaba tanto verla? ¿Por qué? ¿Y por qué ahora?

Wren vio la bifurcación frente a sí y dijo:

–A la izquierda.

Aun en la oscuridad, el lugar le resultaba familiar. De pronto notó que estaba ansiosa por llegar al estudio. No sintió miedo ni distracción. Con voz que delataba la excitación contenida, agregó:

–Sólo falta un cuarto de milla; hay un gran arce, una curva y después camino a la derecha. La curva es difícil de tomar.

En la cara de Mortimer Wales se dibujó una sonrisa burlona y sus pequeños rasgos delicados se arrugaron como una pasa.

–No con este bote –dijo con su voz fría y molesta–. Da vueltas en ángulo recto, tiene partes iluminadas, de popa a proa, va hacia atrás, hacia adelante y probablemente hacia los costados, si lo instas.

–Es un lindo coche –dijo ella–; me encanta.

Sintió lástima por él; estaba orgullosa de su nuevo automóvil y ella debía admirarlo milla por milla, durante to-

do el camino desde Nueva York, de acuerdo con las reglas de la etiqueta.

Él aminoró la marcha al llegar al árbol y después paró el coche por completo.

–¿Aquí? –dijo dudando.

Ella asintió.

–Sí, no tiene mucho de carretera, ¿verdad?

–Parece la ruta al infierno, con la diferencia que va hacia arriba –comentó él ansiosamente–. Bien, de cualquier manera podemos probar; allá vamos, a toda máquina.

Salió en primera, ayudando así al coche grande y costoso. Este golpeó los profundos surcos picados y se balanceó silenciosamente. Wren comenzó a hablar porque la excitación contenida aún estaba tomando cuerpo en su interior.

–Hay una curva cerca de la cumbre, después se llega al terreno nivelado y hay un hermoso paisaje, que Adam pintaba muy a menudo; hay también dos casas: en la de la izquierda estaba su estudio, y la de la derecha era generalmente una casa de huéspedes; es la que usa Janice; tiene tres dormitorios, una cocina y vestíbulo. Janice la compró durante uno de sus matrimonios anteriores, cuando tenía dinero. Ahora sólo tiene a Pedro, y creo que él usa el estudio. Su verdadero nombre es Peter Davis, pero lo cambió por Pedro Davvo. ¿Conoces sus obras?

–No muy a fondo. ¿Qué tal son?

–Bueno, es muy buen técnico y puede trabajar en cualquier estilo; es natural de Provincetown, Gloucester, o alguno de esos lugares, donde él puede hacer tres acuarelas por día y venderlas a los turistas. Las hace muy bien y podría ganar dinero, pero no es realmente un pintor.

–Supongo que sólo Adam Kalish lo era –dijo Wales.

Wren no lo miró, pero presintió su sonrisa fría, y su aire de superioridad, que tanta repulsión le causaba; esto le hizo decirse a sí misma: «Wren, huye, antes de que sea demasiado tarde».

Ella no lo miró, pero dijo:

–Yo acostumbraba tomar la senda a través del bosque; pasé aquí más tiempo que en mi propio hogar; era afortunada.

–Yo deseo ser afortunado consiguiendo algunos de sus trabajos; llegan a precios fantásticos.

–Quedaron muy pocos –dijo Wren–. Pintaba afuera la mayor parte y lo mejor fue destruido por el fuego; había cinco retratos míos.

–Si yo pudiera conseguir un retrato tuyo –comenzó Wales; en ese momento, Wren lanzó un grito.

–Mort, ya llegamos. –Casi se alzó del asiento y se dejó caer nuevamente, diciendo–: ¡Qué raro!, no hay luces.

Llevó el coche hasta un lugar a mitad de camino, entre las dos casas y paró el motor. Su cara pequeña y voraz escudriñó los alrededores y las fosas de su nariz parecían aspirar el silencio. Wren se estremeció.

–Ni luces –repitió– ni coche.

Wales asomó la cabeza a través de la ventana y su voz aulló en el oscuro vacío.

–Hola –llamó–. ¡Hola! ¿Janice? ¿Pedro?

Desde una enorme distancia pareció como si un buho ululando se dignara contestar.

–No están aquí –dijo Wren trémulamente–. Yo sabía que algo pasaba.

–Tonterías –dijo Wales severamente. Buscó en su bolsillo y sacó dos cigarrillos. Con la luz, los ojos de ella, oscuros y suaves, brillaron, y cuando se adelantó para encender el cigarrillo, sus rasgos se alargaron con un nuevo y sutil diseño. Por el contrario, la cara de él pareció fría y deformada y la piel como papel de lija. Ella, como si sintiera el contraste y le disgustara obligarle a aceptarlo, se separó con violencia.

Él mantuvo el encendedor ardiendo.

–La hermosa Irene Venice –dijo–. ¡Señor, si Kalish te hubiera pintado alguna vez así!

–Lo hizo, pero es uno de los retratos que se perdieron.

–Es en la forma que te veo siempre –dijo él–, en sombras, adorable, solitaria, lejana.

–Me parece que estoy un poco asustada –dijo, como si no le hubiera oído.

Él apagó el encendedor y pareció pensar algo. Con el brillo del cigarrillo de él, Wren vio su expresión; esto aumentó su miedo y emitió una breve y fútil risita nerviosa.

–Estoy siempre asustada, soy terriblemente cobarde; vayamos a ver.

Alcanzó la manija de la puerta y la abrió sin bajar. Pensó que se sentiría deprimida y encontraría a Adam en todas partes, pero él estaba lejos y sus recuerdos no le trajeron angustia. Era demasiado activa y sana como para andar a tientas en el pasado. Se dijo que debía haber ido allí antes y que Kip sólo había sido una excusa débil.

Sin embargo, la inexplicable ausencia de Janice y Pedro la perturbaban. Había sido un error ir en ese momento sin saber la verdadera razón de la insistencia de Janice. Wren tuvo la impresión de que algo se cerraba. La casa que debía estar iluminada como símbolo de hospitalidad, parecía muerta; la puerta recordaba la entrada de un sepulcro. Además, Wales, con el cual siempre había mantenido cordiales relaciones de amistad superficial, era otra complicación. Lo notaba hostil y como si no compartiera ninguna de sus emociones.

Sus acciones, sin embargo, eran bastante eficaces. Tomó una linterna de la gaveta de los guantes, salió del coche y se dirigió a la casa. Caminó junto a él, ansiosa por entrar aunque temerosa por lo que podía encontrar.

La puerta estaba sin llave y él iluminó con su linterna los abundantes muebles del vestíbulo.

–Hay un conmutador aquí, junto a la puerta –dijo ella.

Él dirigió su linterna sobre un par de llaves y dio un golpe seco sobre una de ellas. No ocurrió nada; hizo lo mismo con la otra, pero todo continuó a oscuras.

–¡Qué raro! –musitó–. Debe haber un cortocircuito.

–Sé dónde está la caja –dijo ella ansiosamente, satisfecha de ser útil–. Por la otra puerta; te llevaré.

Una vez afuera sintió la suavidad del pasto bajo sus pies. Caminó rápidamente y llegó a la puerta de la esquina de la casa.

–Aquí –dijo–; no sé qué hacer, pero aquí está la caja.

Permaneció silenciosa mientras Wales estudiaba la caja de distribución. Este había encontrado algunos tapones de repuesto y los examinaba.

Estoy tan desamparada, pensó. Probablemente Janice y Pedro se fueron cuando se apagaron las luces. Volverán con un electricista y dentro de una hora estaremos bebiendo copetines y charlando como si esto nunca hubiera ocurrido. Probablemente, mañana o pasado, Mort me pedirá que me case con él y le tendré que explicar que no lo conozco bastante, que no estoy segura, que no le puedo decir que sí, que es imposible. No lo haré bien, se sentirá herido y me insultará y los dos nos sentiremos desdichados. No debí haber venido. Janice pudo, pese a todo, haber organizado nuestra visita mucho mejor.

Ella vio que las manos de Wales enroscaban el nuevo tapón y de pronto se prendieron las luces. Él parpadeó y se mostró satisfecho consigo mismo, esperando una alabanza.

Wren vio la suave vellosidad de su chaqueta tostada, de corte deportivo y el brillo de su propio traje rojo. Comenzó a hablar y de pronto oyó un ruido. Se asió de la manga de Wales y clavó sus dedos en el brazo de éste.

El sonido parecía llegar del otro lado de la pared. Comenzó como un lamento bajo y molesto, como un silbido quebrado que trataba de elevarse al máximo, sin éxito. Entonces, el molesto sonido se avivó y se convirtió en notas y las notas en una melodía sinfónica.

Cuando Wren la identificó las luces se apagaron y el sonido se interrumpió súbitamente.

–Sobrecarga en alguna parte –dijo Wales lacónicamente–; alguien dejó el fonógrafo funcionando.

–Sí –dijo Wren–, pero ¿por qué? No es normal.

Wales, ocupado con la caja de distribución, no le prestó atención.

–Puede ser que encuentre un tapón más resistente y lo pueda colocar provisionalmente –dijo él–. Creo que vi uno.

–El problema no está en las luces –dijo Wren.

Él se rió.

–¿No? ¿En qué, entonces?

–No sé.

–¿Aún asustada?

–Un poquito.

–Es algo rara la forma en que empezó todo.

–Sí –dijo ella–. La sinfonía de Franck.

La favorita de Jan, pensó. La sinfonía que Jan ejecutaba cada vez que estaba trastornada, confusa. Como cuando dejó a su primer esposo y había ido a vivir con Wren. Janice había tocado a César Franck todo el día, una y otra vez.

«Deja de tocar esa música maldita –había dicho finalmente Wren– o me volverás loca».

«¿Por qué? –había respondido Janice–, no me molesta, no lo puedo evitar. Lo sabes, Wren, no me consuela en absoluto, pero tengo que tocarla; puede ser que yo misma me esté volviendo loca».

«Canción, motivo para la locura» –había dicho Wren, mientras retiraba con calma los discos de la victrola.

Jan había estallado con una risa histérica. «Wren, tú eres tan buena conmigo».

Wren recordó la escena y se preguntó qué había querido decir Jan en realidad. ¿Por qué los discos estaban en el fonógrafo ahora? ¿Qué había ocurrido?

Las luces se encendieron y Wales se volvió, frotándose las manos, como si hubiera hecho un milagro. El fonógrafo

invisible emitió unas pocas notas y ganó velocidad.

Wren escuchó.

–Está cerca del fin –dijo–; me pregunto por qué lo dejaron funcionando.

Wales se encogió de hombros.

–¿No es mejor que miremos?

Ella salió. Una luz iluminaba el césped y bosquejaba las dos casas pequeñas. El pasto era de un verde pálido y el coche detenía los haces de luz y los reflejaba en largos gallardetes de color, como la huella de una bala.

Ella corrió, sobrepasó el coche y se lanzó hacia la puerta de la casa, temerosa de entrar. El fonógrafo llegaba al fin del disco y se interrumpió. Esperó a Wales.

Esta vez la luz andaba bien; Wren notó que la mayoría de los muebles de Adam Kalish estaban ahí dentro. El gran lecho de color herrumbre, las sillas Morris, la mesa española y las lámparas diseñadas por él mismo. Fue entonces cuando escuchó unos pasos, lentos y vacilantes; esperó con la boca abierta, los brazos tensos y los dedos apretados contra las palmas.

Janice Davvo se tambaleó junto a la puerta y se apoyó en la pared; había sangre en su frente. Tenía el cabello desgreñado, el vestido rasgado y, en su ofuscamiento, lo apretaba con fuerza. Se veía horrorizada, inocente y seductora, todo a la vez. Hasta Wren estaba fascinada por el contraste: violencia y fealdad y la seducción de la figura flexible y adorable de Jan.

–Tengo frío –dijo Janice, en un tono curiosamente inexpresivo.

Wren emitió algunos sonidos entrecortados. Su voz se afianzó y entonces pudo gritar:

–¡Janice! –y cruzó precipitadamente la habitación. Podía oír la entrecortada respiración de Janice, como si le faltara fuerza para llenar sus pulmones. Wren la abrazó, escuchando sus vanos esfuerzos y esperando que llegaran los sollozos.

Estallaron repentinamente y Janice arrojó sus brazos alrededor de Wren. Dijo:

–Wren, oh, Wren –y comenzó a llorar y reír al mismo tiempo. Wren la sentó sobre el sofá y acarició sus cabellos.

–Janice –dijo–. Ya pasó; estamos aquí, pero ¿qué ha ocurrido? ¿Dónde está Pedro? ¿Qué ocurrió?

–No sé –dijo Janice lentamente–. Me acosté, enchufé el termo y me desperté y tengo frío.

–Quemaste un tapón –comentó Wales.

Janice rió nerviosamente.

–¿Qué sucedió? –preguntó Wales.

–Me lastimé; me llevé una puerta por delante y me desmayé.

–Sí –dijo Wren–, sí, querida, sí.

Acarició la suave y tibia frente de Janice y la sintió relajarse. Wren pensó en todas las cosas que les habían sucedido, en las repetidas oportunidades en que habían vivido juntas, peleándose o consolándose. Se habían divertido y cambiado novios, en los días de colegio, fiestas, picnics, y en los días lluviosos y aburridos.

Las viejas amistades son siempre las mejores, reflexionó. Ella y Jan eran como hermanas. Se reían de las mismas cosas tontas y ambas tenían miedo a los truenos.

–Es mejor que te lave la frente –dijo Wren.

Janice se tomó del brazo de Wren y temblando dijo:

–¿Dónde está Pedro?

–No sé –respondió Wren.

Janice se sentó erguida.

–Búscalos, fíjate si todavía está aquí.

–El auto no está –dijo Wren.

–Kip se lo llevó; él fue el primero en irse, antes...

–¿Antes de qué?

–Ve, busca a Pedro, por favor; puede ser que él todavía esté en el estudio. Yo estoy bien; me lavaré, tú y Mort buscad a Pedro; puede que esté en el estudio.

–Mort le puede buscar –dijo Wren.

–No; ambos debéis hacerlo; yo me puedo arreglar sola, sinceramente.

Wren se volvió dudando y Wales asintió:

–Sí –dijo él–, lo buscaremos.

Wren dejó a Janice y la observó ponerse de pie. Esta sonrió brevemente para demostrar que ya se sentía bien; Wren accedió.

–Está bien –dijo; sólo por unos momentos.

A mitad del camino, mientras cruzaba el césped, Wales se detuvo.

–Wren, espera aquí, ¿quieres?

–¿Por qué?

–Sé buena, haz lo que te pido –le palmeó el brazo volviéndose y se dirigió hacia el estudio.

Ella le vio entrar y se preguntó por un momento por qué la había hecho quedar; entonces se acordó de Janice.

Se dio cuenta de que lo que Janice quería era estar sola un instante. Janice odiaba, por sobre todas las cosas, que la vieran sufrir; esto hería su orgullo y desenfrenaba sus deseos de desquite.

Ella no podía soportar la idea de que la gente se sintiera unida por la desgracia. Para su mentalidad, la humillación era la peor experiencia a la que se podía someter. Wren permaneció allí, triste y preguntándose qué debía hacer, pero no resolvió nada. Por la escena que acababa de ocurrir alguien debía pagar.

Ella oyó que la puerta del estudio se abría y vio salir a Wales, quien le hizo una seña. Se aproximó; él estaba haciendo la graciosa mueca que a ella le gustaba, la que hacía arrugar su cara como una pasa.

–¿Qué ocurre? –preguntó Wren, a lo que él respondió:

–Nada, todo está bien.

Tenía en sus manos un pedazo de papel que parecía haber sido arrancado de un bloc. Lo doblaba una y otra vez como a un abanico.

Ella miraba hacia el estudio, tan familiar, con sus vigas altas y oscuras; había un par de caballetes vacíos en el extremo de la habitación, y las puertas del armario y de las vitrinas estaban abiertas.

–No hay nadie aquí –dijo ella–. Pedro se ha llevado la mayor parte de sus cosas. Mort, ¿por qué no me dejaste entrar contigo? ¿Qué temías?

–Que lo encontráramos muerto –dijo Wales tranquilamente–. Temí que Janice lo hubiera matado.

Wren emitió un sonido entrecortado.

–¡Oh! ¿Cómo te atreves?...

Él pareció encerrarse en una especie de obstinación; estaba sonriendo con la mueca fría y burlona que a ella tanto le repelía.

–¿Por qué no? –dijo él–. Es perfectamente capaz de hacerlo.

–Lo que pienso de ti es horrible –dijo Wren.

Él se encogió de hombros y continuó sonriendo.